

porque venía con saya y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argentería, invención de Galatea y Florisa que la vistieron, garbin turquesado con flucos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos; y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que mas que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea, como sol tras el aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas y hermosas pastoras que por honrar las bodas á ellas habian venido, entre las cuales tambien iba Teolinda con cuidado de hurtar el rostro á los ojos de Damon y Tirsi por no ser dellos conocida: y luego las pastoras, siguiendo á los pastores que guiaban, al son de muchos pastoriles instrumentos hácia el templo se encaminaron: en el cual espacio le tuvieron Elicio y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino mas que la larga peregrinacion de Ulises; y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio, le dijo: ¿Qué miras, pastor, si á Galatea no miras? Pero ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el mármol de su pecho? Todo eso he podido ver, ó Erastro, respondió Elicio, y ninguna cosa de cuantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que si no fuera tal como tú sabes, todas las gracias y bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra. Bien dices, dijo Erastro; pero todavía no me podrás negar, que á no ser Galatea tan hermosa, no fuera tan deseada; y á no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella padece del deseo. No te puedo yo negar, Erastro, respondió Elicio, que todo cualquier dolor y pesadumbre no nazca de la privacion y falta de aquello que deseamos; mas juntamente te quiero decir que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor con que yo pensé que á Galatea querias; porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecerte, pues no habrá ningun hombre, por rústico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza donde quiera que está trae consigo el hacer desear: así que á este simple deseo, por ser tan natural, ningun premio se le debe, porque si se le debiera, con solo desear el cielo, le tuviéramos merecido; mas ya ves, Erastro, ser esto tan al reves, como nuestra verdadera ley nos lo tiene mostrado; y puesto caso que hermosura y belleza sea una principal parte para atraernos á desearla y á procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por último bien suyo; sino que aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algun interese le mueva; y este se puede llamar aun en las cosas de acá perfeto y verdadero amor, y es digno de ser agradecido y premiado, como vemos que premia conocida y aventajadamente el Hacedor de todas las cosas aquellos que sin moverles otro interese alguno de temor, de pena ó de esperanza de gloria, le quieren, le aman y le sirven solamente por ser bueno y digno de ser amado; y esta es la última y mayor perfeccion que en el amor divino se encierra, y en el humano tambien, cuando no se quiere mas de por ser bueno lo que se ama, sin haber error de entendimiento, porque muchas ve-

ces lo malo nos parece bueno, y lo bueno malo, y así amamos lo uno, y aborrecemos lo otro, y este tal amor no merece premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, ó Erastro, que si tú quieres y amas la hermosura de Galatea, con intencion de gozarla, y en esto pára el fin de tu deseo sin pasar adelante á querer su virtud, su acrecentamiento de fama, su salud, su vida y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres. Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender como no entendia bien del amor con que á Galatea amaba; pero estorbó el son de la zampoña del desamorado Lenio, el cual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio, y regocijar la fiesta con su canto; y así puesto delante de los desposados, en tanto que al templo llegaban, al son del rabel de Eugenio estos versos fué cantando.

LENIO.

Desconocido, ingrato Amor, que asombras
A veces los gallardos corazones,
Y con vanas figuras, vanas sombras
Pones al alma libre mil prisiones:
Si de ser dios te precias, y te nombras
Con tan subido nombre, no perdonas
Al que rendido al lazo de himeneo
Rindiere á nuevo nudo su deseo.

En conservar la ley pura y sincera
Del santo matrimonio pon tu fuerza,
Descoge en este campo tu bandera,
Haz á tu condicion en esto fuerza:
¿Qué bella flor, qué dulce fruto espera
Por pequeño trabajo el que se esfuerza
A llevar este yugo como debe,
Que aunque parece carga, es carga leve!

Tú puedes, si te olvidas de tus hechos
Y de tu condicion tan desabrada,
Hacer alegres tálamos y lechos
Do el yugo conyugal á dos anida:
Enciértrate en sus almas y en sus pechos
Hasta que acabe el curso de su vida,
Y vayan á gozar, como se espera,
De la agradable eterna primavera.

Deja las pastoriles cabañuelas,
Y al libre pastorcillo hacer su oficio,
Vuela mas alto ya, pues tanto vuelas,
Y aspira á mejor grado y ejercicio:
En vano te fatigas y desvelas
En hacer de las almas sacrificio,
Si no las rindes con mejor intento
Al dulce de himeneo ayuntamiento.

Aquí puedes mostrar la poderosa
Mano de tu poder maravilloso,
Haciendo que la nueva tierna esposa
Quiera, y que sea querida de su esposo,
Sin que aquella infernal rabia celosa
Les turbe su contento y su reposo,
Ni el desden saudido y zahareño
Les prive del sabroso y dulce sueño.

Mas si, pérfido Amor, nunca escuchadas
Fuéron de tí plegarias de tu amigo,
Bien serán estas mias desechadas,
Que te soy y seré siempre enemigo:
Tu condicion, tus obras mal miradas,
De quien es todo el mundo buen testigo,
Hacen que yo no espere de tu mano
Contento alegre, venturoso y sano.

Ya se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con cuanta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamándole dios y de mano poderosa; cosa que jamas le habian oido decir: mas habiendo oido los versos con que acabó su canto, no pudieron dejar de reirse, porque ya les pareció que se iba colerizando, y que si adelante en su canto pasara, él pusiera al amor como otras veces solia; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y así llegados al templo y hechas en él por los sacerdotes las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho nudo ligados, no sin envidia de muchos que los

miraban, ni sin dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero á todo dolor sobrepujara el que sintiera el sin ventura Mireno, si á este espectáculo se hallara presente. Vueltos pues los desposados del templo con la misma compañía que habian llevado, llegaron á la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer públicamente demostracion de sus riquezas, haciendo á todo el pueblo un generoso y suntuoso convite. Estaba la plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parecia, entretejidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba. Allí pues con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete al son de muchos pastoriles instrumentos, sin que diesen ménos gusto que el que suelen dar las acordadas músicas que en los reales palacios se acostumbraban; pero lo que mas autorizó la fiesta, fué ver que en alzándose las mesas, en el mismo lugar con mucha presteza hicieron un tablado, para efeto de que los cuatro discretos y lastimados pastores Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, que por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damon tenian de escucharles, querian allí en público recitar una égloga, que ellos mismos de la ocasion de sus mismos dolores habian compuesto. Acomodados pues en sus asientos todos los pastores y pastoras que allí estaban, despues que la zampoña de Erastro, y la lira de Lenio y los otros instrumentos hicieron prestar á los presentes un soségado y maravilloso silencio, el primero que se mostró en el humilde teatro, fué el triste Orompo con un pellico negro vestido, y un cayado de amarillo boj en la mano, el remate del cual era una fea figura de la muerte: venía con hojas de funesto cipres coronado, insinias todas de la tristeza que en él reinaba por la inmaturo muerte de su querida Listea; y despues que con triste semblante los llorosos ojos á una y á otra parte hubo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura rompió el silencio con semejantes razones.

OROMPO.

Salid de lo hondo del pecho cuitado,
Palabras sangrientas con muerte mezcladas,
Y si los suspiros os tienen atadas,
Abrid y rompied el siniestro costado:
El aire os impide, que está ya inflamado
Del fiero veneno de vuestros acentos,
Salid, y siquiera os lleven los vientos,
Que todo mi bien tambien me han llevado.

Poco perderéis en veros perdidas,
Pues ya os ha faltado el alto sujeto,
Por quien en estilo grave y perfeto
Hablabades cosas de punto subidas:
Notadas un tiempo y bien conocidas
Fuisteis por dulces, alegres, sabrosas,
Agora por tristes, amargas, llorosas,
Seréis de la tierra y del cielo tenidas.

Pero aunque salgais, palabras, temblando,
¿Con cuántos podréis decir lo que siento,
Si es incapaz mi fiero tormento
De irse cual es al vivo pintando?
Mas ¡ay, que me falta el cómo y el cuándo
De significar mi pena y mi mengua!
Aquello que falta y no puede la lengua,
Suplan mis ojos contino llorando.

¡Oh muerte, que atajas y acortas el hilo
De mil pretensiones gustosas humanas,
Y en un volver de ojos las sierras allanas,
Y haces iguales á Henáres y al Nilo!
¿Por qué no templaste, traidora, el estilo
Tuyo cruel? Por qué á mi despecho
Probaste en el blanco y mas lindo pecho,
De tu fiero alfanje la furia y el filo?

¿En qué te ofendian, ó falsa, los años
Tan tiernos y verdes de aquella cordera?
¿Por qué te mostraste con ella tan fiera?
¿Por qué en el suyo creciste mis daños?
¿Oh mi enemiga y amiga de engaños!
De mí, que te busco, te escondes y ausentas,
Y quieres y trabas razones y cuentas
Con el que mas teme tus males tamaños.

En años maduros tu ley tan injusta
Pudiera mostrar su fuerza crecida,
Y no descargar la dura herida
En quien del vivir há poco que gusta:
Mas esa tu hoz que todo lo ajusta,
Ni mando ni ruego jamas la doblega,
Así con rigor la flor tierna siega
Como la caña fudosa y robusta.

Cuando á Listea del suelo quitaste,
Tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brio,
Tu ira, tu mando y tu señorío
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando á Listea, tambien te llevaste
La gracia, el donaire, belleza y cordura
Mayor de la tierra, y en su sepultura
Este bien todo con ella encerraste.

Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado
Mi vida penosa, que tanto se alarga,
Que es insufrible á mis hombros su carga,
Que es muerte la vida del que es desdichado:
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
Ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,
Ni tengo de quién espere consuelo,
Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

¿Oh, vos que sentis qué cosa es dolores!
Venid y tomad consuelo en los mios,
Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus brios,
Veréis que los vuestros son mucho menores:
¿Dó estáis agora, gallardos pastores?
¿Crisio, Marsilio y Orfenio, qué haceis?
¿Por qué no venis? ¿por qué no tenéis,
Por mas que los vuestros, mis daños mayores?

Mas ¿quién es aquel que asoma y que quiebra
Por la encrucijada de aqueste sendero?
Marsilio es sin duda, de amor prisionero,
Belisa es la causa á quien siempre celebra;
A este le roe la fiera culebra
Del crudo desden el pecho y el alma,
Y pasa su vida en tormenta sin calma,
Y aun no es cual la mia su suerte tan negra.

El piensa que el arma, que el alma le aqueja,
Es mas que el dolor de mi desventura.
Aquí será bien que entre esta espesura
Me esconda por ver si acaso se queja.
Mas; ay! que á la pena que nunca me deja,
Pensar igualarla es gran desatino,
Pues abre la senda y cierra el camino
Al mal que se acerca, y al bien que se aleja.

MARSILIO.

Pasos que al de la muerte
Me llevais paso á paso,
Forzoso he de acusar vuestra pereza,
Seguid tan dulce suerte,
Que en este amargo paso
Está mi bien, y en vuestra lijereza.
Mirad que la dureza
De la enemiga mia
En el airado pecho
Contrario á mi provecho,
En su entereza está cual ser solia:
Huigamos, si es posible,
Del áspero rigor suyo terrible.

¿A qué apartado clima,
A qué region incierta
Iré á vivir, que pueda asegurarme
Del mal que me lastima,
Del ansia triste y cierta,
Que no se ha de acabar hasta acabarme?
Ni estar quedo, ó mudarme
A la arenosa Libia,
O al lugar donde habita
El fiero y blanco scita,
Un solo punto mi dolor alivia;
Que no está mi contento
En hacer de lugares mudamiento.

Aquí y allí me alcanza
El desden riguroso
De la sin par cruel pastora mia,
Sin que amor ni esperanza
Un término dichoso
Me pueda prometer en tal porfía
Belisa, luz del día,
Gloria de la edad nuestra,

Si valen ya contigo
Ruegos de un firme amigo,
Templa el rigor airado de tu diestra,
Y el fuego deste mio
Pueda en tu pecho deshacer el frio.

Mas sorda á mi lamento,
Mas implacable y fiera
Que á la voz del cansado marinero
El riguroso viento,
Que el mar turba y altera,
Y amenaza á la vida el fin postrero:
Mármol, diamante, acero,
Alpebre y dura roca,
Robusta antigua encina,
Roble que nunca inclina
La altiva rama al cierzo que le toca,
Todo es blando y suave
Comparado al rigor que en tu alma cabe.

Mi duro amargo hado,
Mi inexorable estrella,
Mi voluntad que todo lo consiente,
Me tienen condenado,
Belisa ingrata y bella,
A que te sirva y ame eternamente:
Aunque tu hermosa frente
Con riguroso ceño,
Y tus serenos ojos
Me anuncien mil enojos,
Serás desta alma conocido dueño,
En tanto que en el suelo
La cubriere mortal corpóreo velo.

¿Hay bien que se le iguale
Al mal que me atormenta?
¿Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno y otro sale
De toda humana cuenta,
Y aun yo sin ella en viva muerte vivo:
En el desden avivo
Mi fe, y allí se enciende
Con el helado frio:
Mirad qué desvario,
Y el dolor desusado que me ofende,
Y si podrá igualarse
Al mal que mas quisiere aventajarse.

¿Mas quién es el que mueve
Las ramas intrincadas
Deste acopado mirto y verde asiento?
Or. Un pastor que se atreve,
Con razones fundadas
En la pura verdad de su tormento,
Mostrar que el sentimiento
De su dolor crecido
Al tuyo se aventaja,
Por mas que tú lo estimes,
Levantes y sublimes.

Mars. Vencido quedarás en tal baraja,
Orompo, fiel amigo,
Y tú mismo serás dello testigo.
Si de las ansias mias,
Si de mi mal insano,
La mas mínima parte conocieras,
Cesaran tus porfias,
Orompo, viendo llano,
Que tú penas de burla, y yo de véras.

Or. Haz, Marsilio, quimeras
De tu dolor extraño,
Y al mio menoscaba,
Que la vida me acaba:
Que yo espero sacarte deste engaño,
Mostrando al descubierta
Que el tuyo es sombra de mi mal, que es cierto:
Pero la voz sonora
De Crisio oigo que suena,
Pastor que en la opinion se te parece:
Escuchémosle ahora,
Que su cansada pena
No ménos que la tuya le engrandece.

Mars. Hoy el tiempo me ofrece
Lugar y coyuntura,
Donde pueda mostraros
A entrambos, y enteraros
De que sola la mia es desventura.

Or. Atiende ahora, Marsilio,
La voz de Crisio y lamentable estilo.

CRISIO.

¿Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!
¿Cuán fuera debió estar de conocerte
El que igualó tu fuerza y violencia
Al poder invencible de la muerte!
Que cuando con mayor rigor sentencia,
¿Qué puede mas su limitada suerte
Que deshacer el fudo y recia liga,

Que á cuerpo y alma estrechamente liga?

Tu duro alfanje á mayor mal se extiende,
Pues un espíritu en dos mitades parte,
¿Oh milagros de amor que nadie entiende,
Ni se alcanza por ciencia ni por arte,
Que deje su mitad con quien la entiende
Allá mi alma, y traiga acá la parte
Mas frágil, con la cual mas mal me sienta,
Que estar mil veces de la vida ausente!

Ausente estoy de aquellos ojos bellos
Que serenan la tormenta mia,
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
Si de allí no pasó la fantasía;
Que verlos y pensar de merecellos
Es loco atrevimiento y demasia:
Yo los ví, desdichado, y no los veo,
Y máteme de verlos el deseo.

Deseo, y con razon, ver dividida
(Por acortar el término á mi daño)
Esta antigua amistad, que tiene unida
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
Que siendo de las carnes despedida
Con lijereza presta y vuelo extraño
Podrá tornar á ver aquellos ojos,
Que son descanso y gloria á sus enojos.

Enojos son la paga y recompensa
Que amor concede al amador ausente,
En quien se cifra el mayor mal y ofensa,
Que en los males de amor se encierra y sienta:
Ni poner discrecion á la defensa,
Ni un querer firme, levantado, ardiente,
Aprovecha á templar deste tormento
La dura pena y el furor violento.

Violento es el rigor desta dolencia,
Pero junto con esto es tan durable,
Que se acaba primero la paciencia
Y aun de la vida el curso miserable:
Muerte, desvíos, celos, inclemencia,
De airado pecho condicion mudable,
No atormentan así, ni dañan tanto
Como este mal, que el nomhre pone espanto.

Espanto fuera, si dolor tan fiero
Dolores tan mortales no causara,
Pero todos son flacos, pues no muero
Ausente de mi vida dulce y cara;
Mas cese aquí mi canto lastimero,
Que á compañía tan discreta y rara
Como es la que allí veo, será justo
Que muestre al verla mas sabroso gusto.

Or. Gusto nos da, buen Crisio, tu presencia
Y mas viniendo á tiempo que podremos
Acabar nuestra antigua diferencia.

Cris. Orompo, si es tu gusto, comencemos,
Pues que juez de la contienda nuestra
Tan recto aquí, en Marsilio le tendrémos.

Mars. Indicio dais y conocida muestra
Del error en que os trae tan embobidos
Esa vana opinion notoria vuestra;
Pues queréis que á los míos preferidos
Vuestros dolores tan pequeños sean,
Harto llorados, más que conocidos.

Mas porque el suelo y cielo juntos vean
Cuánto vuestro dolor es ménos grave
Que las ansias que el alma me rodean,
La mas pequeña que en mi pecho cabe,
Pienso mostrar en vuestra competencia
Así como mi ingenio torpe sabe.

Y dejaré á vosotros la sentencia,
Y el juzgar si mi mal es muy mas fuerte
Que el riguroso de la larga ausencia:
O el amargo espantoso de la muerte.

De quien entrambos os quejais sin tiento,
Llamando dura y corta á vuestra suerte.

Or. Deso yo soy, Marsilio, muy contento,
Pues la razon que tengo de mi parte
El triunfo le asegura á mi tormento.

Cris. Aunque de exagerar me falta el arte,
Veréis cuando yo os muestre mi tristeza,
Cómo quedan las vuestras á una parte.

Mars. ¿Qué ausencia llega á la inmortal dureza
De mi pastora, que es con ser tan dura,
Señora universal de la belleza?

Or. ¿Oh, á qué buen tiempo llega y coyuntura
Orfenio! ¿Veisle asomado? Estad atentos,
Oiréisle ponderar su desventura.

Celos en la ocasion de sus tormentos,
Celos, cuchillo y ciertos turbadores
De las paces de amor y los contentos.

Cris. Escuchad, que ya canta sus dolores.

ORFENIO.

¿Oh sombra oscura, que continuo sigues
A mi confusa triste fantasia,

MARSILIO.

Yo, que el humor de mis ojos
Siempre derramado ha sido
En lugar donde han nacido
Cien mil espigas y abrojos,
Que el corazon me han herido:
Yo si soy el desdichado,
Pues con nunca haber mostrado
Un momento el rostro enjuto,
Ni heja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.
Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegaráse mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedara al fin satisfecho:

CRISIO.

Yo, que teniendo en sazón
El fruto que se debía
A mi continua pasión,
Una súbita ocasion
De gozarla me desvia:
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á padecer,
Pues no puedo perecer
Adonde el alma he dejado.
Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo,
En alivio se convierte,
Y un corazon duro y fuerte
El tiempo suele ablandallo:

ORFENIO.

El fruto que fué sembrado
Por mi trabajo continuo,
A dulce sazón llegado
Fué con próspero destino
En mi poder entregado:
Y apenas pude llegar
A términos tan sin par,
Cuando vine á conocer
La ocasion de aquel placer
Ser para mí de pesar.
Yo tengo el fruto en la mano,
Y el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano
A la mas granada espiga
La roe un fiero gusano:

OROMPO.

¿No es error conocido
Decir que el daño que la muerte hace
Por ser tan extendido,
En parte satisface,
Pues la esperanza quita
Que el dolor administra y solicita?
Si de la gloria muerta
No se quedara viva la memoria
Que el gusto desconcierta,
Es cosa ya notoria
Que el no esperar tenella
Templa el dolor en parte de perdella.
Pero si está presente la memoria,
La memoria del bien ya fenecido
Mas viva y mas ardiente
Que cuando poseido,
¿Quién duda que esta pena
No está mas que otras de miserias llena?

MARSILIO.

Si á un pobre caminante
Le sucediese por extraña via
Huirsele delante
Al fenecer el dia
El albergue esperado,
Y con vana presteza procurado,
Quedaría sin duda
Confuso del temor que allí le ofrece
La oscura noche y muda,
Y mas si no amanece;
Que el cielo á su ventura
No concede la luz serena y pura.
Yo soy el que camino
Para llegar á albergue venturoso,
Y cuando mas vecino
Pienso estar del reposo,
Cual fugitiva sombra
El bien me huye, y el dolor me asombra.

Enfadosa tiniebla, siempre fria,
Que á mi contento y á mi luz persigues!
¿Cuándo será que tu rigor mitigues,
Monstruo cruel y rigorosa arpia?
¿Qué ganas en turbarme el alegría?
O ¿qué bien en quitármela consigues?
Mas si la condicion de que te arreas
Se extiende á pretender quitar la vida
Al que te dió la tuya y te ha engendrado,
No me debe admirar que de mí seas
Y de todo mi bien fiero homicida,
Sino de verme vivo en tal estado.

Or. Si el prado deleitoso,
Orfenio, te es alegre cual solia
En tiempo mas dichoso,
Ven, pasarás el dia
En nuestra lastimada compañía.

Con los tristes el triste
Bien ves que se acomoda fácilmente
Ven, que aquí se resiste
Par desta clara fuente
Del levantado sol el rayo ardiente:
Ven, y el usado estilo
Levanta, y como sueles te defende
De Crisio y de Marsilio,
Que cada cual pretende
Mostrar que solo es mal el que le ofende.

Yo solo en este caso
Contrario habré de ser á tí y á ellos,
Pues los males que paso
Bien podré encarecellos,
Mas no mostrar la mayor parte dellos.

Orf. No al gusto le es sabrosa
Así á la corderuela deshambrita
La yerba, ni gustosa
Salud restituida
A aquel que ya la tuvo por perdida,

Como es á mí sabroso
Mostrar en la contienda que se ofrece,
Que el dolor riguroso
Que el corazon padece,
Sobre el mayor del suelo se engrandece.
Calle su mal sobrado
Orompo, encubra Crisio su dolencia
Marsilio esté callado:
Muerte, desden ni ausencia,
No tengan con los celos competencia.

Pero si el cielo quiere
Que hoy salga al campo la contienda nuestra,
Comience el que quisiere,
Y dé á los otros muestra
De su dolor con torpe lengua ó diestra.

Que no está en la elegancia,
Y modo de decir el fundamento
Y principal sustancia
Del verdadero cuento,
Que en la pura verdad tiene su asiento.

Cris. Siento, pastor, que tu arrogancia mucha
En esta lucha de pasiones nuestras
Dará mil muestras de tu desvario.

Orf. Templa ese brio, ó muéstralo á su tiempo,
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoja;
Que alma que afloja con volver el paso,
No hay que hacer caso de su sentimiento.

Cris. Es mi tormento tan extraño y fiero,
Que presto espero que tu mismo digas,
Que á mis fatigas no se iguala alguna.

Mars. Desde la cuna soy yo desdichado,
Or. Aun engendrado pienso que no estaba,
Cuando sobra en mí la desventura.

Orf. En mí se apura la mayor desdicha.
Cris. Tu mal es dicha, comparado al mio.

Mars. Opuesto al brio de mi mal extraño,
Es gloria el daño que á vosotros daña.

Or. Esta maraña quedará muy clara,
Cuando á la clara mi dolor descubra:
Ninguno encubra agora su tormento,
Que yo del mio doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fueron
Sembradas en parte buena,
Dulce fruto prometieron,
Y cuando darle quisieron,
Convertióle el cielo en pena:
Vi su flor maravillosa
En mil muestras deseosa
De darme una rica suerte,
Y en aquel punto la muerte
Cortómele de envidiosa.

Yo quedé cual labrador,
Que del trabajo continuo
De su espaciosa labor
Fruto amargo de dolor
Le concede su destino:

Y aun le quita la esperanza
De otra buena nueva andanza,
Porque cubrió con la tierra
El cielo donde se encierra
De su bien la confianza.

Pues si á término he llegado
Que de tener gusto ó gloria
Vivo ya desesperado,
De que yo soy mas penado,
Es cosa cierta y notoria:
Que la esperanza asegura
En la mayor desventura
Un dichoso fin que viene;
Mas ¡ay de aquel que la tiene
Cerrada en la sepultura!

CRISIO.

Cual raudo y hondo río
Suele impedir al caminante el paso,
Y al viento, nieve y frío
Le tiene en campo raso,
Y el albergue delante
Se le muestra de allí poco distante;
Tal mi contento impide
Esta penosa y tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veo quien remediara mis enojos.
Y el ver de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta,
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Cuanto el bien es cercano,
Tanto mas lejos huye de mi mano.

ORFENIO.

Mostróseme á la vista
Un rico albergue de mil bienes lleno,
Triunfó de su conquista,
Y cuando mas sereno
Se me mostraba el hado,
Vilo en escuridad negra cambiado.
Allí donde consiste
El bien de los amantes bien queridos.
Allí mi mal asiste,
Allí se ven unidos
Los males y desdenes,
Donde suelen estar todos los bienes.
Dentro desta morada
Estoy, de do salir nunca procuro,
Por mi dolor fundada
De tan extraño muro,
Que pienso que le abaten
Cuantos le quieren, miran y combaten.

OROMPO.—CRISIO.—MARSILIO.

Or. Antes el sol acabará el camino.
Que es propio suyo, dando vuelta al cielo
Después de haber tocado en cada sino,
Que la parte menor de nuestro duelo
Podamos declarar como se siente.
Por mas que el bien hablar levante el vuelo.
Tú dices, Crisio, que el que vive ausente,
Muere: yo, que estoy muerto, pues mi vida
A muerte la entregó el hado inclemente.
Y tú, Marsilio, afirmas que perdida
Tienes de gusto y bien toda esperanza,
Pues un fiero desden es tu homicida.
Tú repites, Orfenio, que la lanza
Aguda de los celos te traspasa,
No solo el pecho, que hasta el alma alcanza.
Y como el uno lo que el otro pasa
No siente, su dolor solo exagera,
Y piensa que al rigor del otro pasa.
Y por nuestra contienda lastimera
De tristes argumentos está llena
Del caudaloso Tajo la ribera.
Ni por esto desmenguá nuestra pena,
Antes por el tratar la llaga tanto
A mayor sentimiento nos condena.
Cuanto puede decir la lengua, y cuanto
Pueden pensar los tristes pensamientos
Es ocasión de renovar el llanto.
Cesen pues los agudos argumentos,
Que en fin no hay mal que no fatigue y pene,
Ni bien que de seguros los contentos.
Harto mal tiene quien su vida tiene
Cerrada en una estrecha sepultura,
Y en soledad amarga se mantiene.
¡Desdichado del triste sin ventura
Que padece de celos la dolencia,
Con quien no valen fuerzas ni cordura:
Y aquel que en el rigor de larga ausencia
Pasa los tristes miserables días,
Llegado al flaco arrimo de paciencia:
Y no menos aquel que en sus porfías
Siente, cuando mas arde, en su pastora
Entrañas duras ó intenciones frías!
Cris. Hágase lo que pide Orompo agora,
Pues ya de recoger nuestro ganado
Se va llegando á mas andar la hora:
Y en tanto que al albergue acostumbrado
Llegamos, y que el sol claro se aleja,
Escondiendo su faz del verde prado,
Con voz amarga y lamentable queja,
Al son de los acordes instrumentos
Cantemos el dolor que nos aqueja.
Mars. Comienza pues, ó Crisio, y tus acentos

Lleguen á los oídos de Claraura
Llevados mansamente de los vientos,
Como á quien todo su dolor restaura.

CRISIO.

Al que ausencia viene á dar
Su cáliz triste á beber,
No tiene mal que temer,
Ni ningun bien que esperar.
En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado,
Temor de ser olvidado,
Celos de ajena presencia:
Quien la viniere á probar,
Luego vendrá á conocer
Que no hay mal de que temer,
Ni menos bien que esperar.

OROMPO.

Ved si es mal el que me aqueja
Mas que muerte conocida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la deja.
Cuando la muerte llevó
Toda mi gloria y contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dejó:
El mal viene, el bien se aleja
Con tan ligera corrida
Que forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

MARSILIO.

En mi terrible pesar
Ya faltan por mas enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.
La ingratitude y desden
Me tienen ya de tal suerte,
Que espero y llamo á la muerte
Por mas vida y por mas bien:
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

ORFENIO.

Celos, á fe, si pudiera,
Que yo hiciera por mejor
Que fueran celos amor,
Y que el amor celos fuera.
Deste trueco granjeara
Tanto bien y tanta gloria,
Que la palma y la victoria
De enamorado llevara:
Y aun fueran de tal manera
Los celos en mi favor,
Que á ser los celos amor,
El amor yo solo fuera.

Con esta última canción del celoso Orfenio dieron fin á su égloga los discretos pastores, dejando satisfechos de su discreción á todos los que escuchado los habian: especialmente á Damon y á Tirsi, que gran contento en oírlos recibieron, pareciéndoles que de mas de pastoril ingenio parecían las razones y argumentos que para salir con su propósito los cuatro pastores habian propuesto. Pero habiéndose movido contienda entre muchos de los circunstancias sobre cuál de los cuatro habia alegado mejor de su derecho, en fin se vino á conformar el parecer de todos con el que dió el discreto Damon, diciéndoles: Que él para sí tenia que entre todos los disgustos y sinsabores que el amor trae consigo, ninguno fatiga tanto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los celos, y que no se podían igualar á ella la pérdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconianza de Marsilio: La causa es, dijo, que no cabe en razon natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad á quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas; porque el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que cuanto mas el deseo le sobrase, tanto mas el entendimiento le faltaria: y por esta misma razon digo, que la pena que Orompo padece, no es sino una lástima y compasión del bien perdido; y por haberle perdido de manera que no es posible tornarle á cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe; que puesto que el humano entendimiento no puede estar tan unido siempre en la razon, que deje de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede, y que en efeto ha de dar muestra de su sentimiento con tiernas lágrimas, ardientes sospiros y lastimosas palabras, so pena de que quien esto no hiciese, ántes por bruto que por hombre racional sería tenido: en fin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razon la mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al reves en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente anda tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilación de la tornada; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algun

brazo de mar, ó alguna distancia de tierra, parécele que teniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada, que se hace notorio agravio á su gusto; que cosas que son tan ménos como un poco de agua ó tierra, le impidan su felicidad y gloria. Juntase asimismo á esta pena el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es extraño el rigor y aspereza con que trata al alma del desdichado ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puédese llevar con algun alivio su tormento; y si sucediere ser la ausencia de manera que sea imposible volver á la presencia deseada, aquella imposibilidad viene á ser el remedio, como el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja, puesto que es como el mismo que yo padezco, y por esta causa me habia de parecer mayor que otro alguno, no por eso dejara de decir lo que la razon me muestra, ántes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido; pero mayor sería amar y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiásemos por lo que la razon y la experiencia nos enseña, veriamos que todos los principios en cualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor, ántes en ellos mas se confirma y fortalece: así que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término; porque como el amor sea, y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero; ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciéndole que está obligada á amarme, porque yo la amo: que puesto que la persona amada debe en ley de naturaleza y en buena cortesía no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso y de obligacion que corresponda del todo y por todo á los deseos de su amante; que si esto así fuese, mil enamorados importunos habria que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debria de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida partes tan buenas que la muevan á inclinarse á quererme: y así no está obligada, como ya he dicho, á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque hallé en ella lo que á mí me falta: y por esta razon no debe el desdenado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover á bien quererle; y así debe procurar con continuos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las ejercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo: que este es tan principal remedio, que estoy para afirmar que será imposible dejar de ser amado el que con tan justos medios procurare granjear la voluntad de su señora; y pues este mal del desden tiene el bien deste remedio, consuélase Marsilio, y tenga lástima al desdichado y celoso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor que en las de amor imaginar se puede. ¡Oh celos turbadores de la sosegada paz amorosa! ¡celos, cuchillo de las mas firmes esperanzas! no sé yo qué pudo saber de linajes el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al reves, que por el mismo caso dejara el amor de serlo, si tales hijos engendrara. ¡Oh celos, hipócritas y fementidos ladrones! pues para que se haga cuenta de vosotros en el

mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella, volviéndoos de su color, y aun procurais usurparle el mando y señorío que tiene: y de aquí nace que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efetos dais á conocer que no sois el mismo amor, todavía procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilisimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destrucción que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos celos, en siendo el amante celoso, conviene, con paz sea dicho de los celosos enamorados, conviene, digo, que sea como lo es, traider, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado: y á tanto se extiende la celosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere es á quien mas mal desea. Querria el amante celoso que solo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiere, ni oídos para oír, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y aun á veces desea, apretado desta pasion diabólica, que su dama se muera, y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendran los celos en los ánimos de los amantes celosos: al reves de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentía, liberalidad, comedimiento y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene mas asimismo la fuerza deste crudo veneno, que no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre: todo esto cabe en el enamorado celoso, y mas; cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los celos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo celoso admitirlas, si-guese que esta enfermedad es sin remedio, y que á todas las demas debe anteponerse. Y así es mi parecer, que Orfenio es el mas penado, pero no el mas enamorado; porque no son los celos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta; y así el enamorado celoso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado; y tambien el ser celoso es señal de poca confianza del valor de sí mismo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual sin llegar á la escuridad de los celos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso: que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendria por soberbio y demasiadamente confiado; porque, como dice un comun proverbio nuestro, quien bien ama, teme; y aun es razon que tema el amante, que como la cosa que ama es en extremo buena, ó á él le pareció serlo, no parezca lo mismo á los ojos de quien la mirare: y por la mesma

causa se engendra el amor en otro que pueda y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrian ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza: y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga á la lengua para decirle, ni aun á los ojos para significarle: y hace tan contrarios efectos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deseos de acrecentar mas el amor si pudiesen, de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados: y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y mas es digno que los celos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le habian, dejando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les habia mostrado. Pero no se quedara sin respuesta, si los pastores Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio hubieran estado presentes á su plática; los cuales, cansados de la recitada égloga, se habian ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, ya que los bailes y danzas querian renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fueron conocidos; los cuales eran el gentil Francenio, el libre Lauso y el anciano Arsindo, el cual venia en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos; y atravesando por medio de la plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio y Erastro, y todos los mas principales pastores estaban, á los cuales con cortes palabras saludaron, y con no menor cortesía fueron dellos recibidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en Damon y en Tirsi, comenzó á hablar desta manera: La fama de vuestra sabiduría, que cerca y lejos se extiende, discretos y gallardos pastores, es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros querais ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nacido; y es, que la fiesta pasada Francenio y Lauso, que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas pastoras, entre las cuales por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre otros muchos juegos ordenaron el que se llama de los propósitos. Sucedió pues que llegando la vez de proponer y comenzar á uno destes pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese, segun él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por mas discreta y mas enamorada en la opinion de todos estaba. Llegándose pues al oido, le dijo:

Huyendo va la esperanza.

La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en público lo que al otro habia dicho en secreto, hallóse que la pastora habia seguido el propósito:

Tenella con el deseo.

Fué celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta, pero el que mas la solenizó fué el pastor Lauso, y no ménos le pareció bien á Francenio: y así cada uno viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosarlos; y despues de

haberlo hecho, cada cual procura que su glosa á la del otro se aventaje; y para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba vuestras riberas, aconsejéles que á vosotros viniesen, de cuya extremada ciencia y sabiduría cuestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar el trabajo de hacer esta guirnalda, para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, viéredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los pastores, que fué agradecerle la buena opinion que dellos tenia, y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó á repetir los versos, y á decir su glosa, que era esta.

*Huyendo va la esperanza:
Tenella con el deseo.*

GLOSA.

Quando me pienso salvar
En la fe de mi querer,
Me vienen luego á faltar
Las faltas del merecer
Y las sobras del pesar:
Muérese la confianza,
No tiene pulsos la vida,
Pues se ve en mi mala andanza,
Que del temor perseguida
Huyendo va la esperanza.

Huye, y llévase consigo
Todo el gusto de mi pena,
Dejando por mas castigo
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo:
Tanto se aleja, que creo
Que presto se hará invisible
Y en su lijereza veo
Que ni puedo, ni es posible
Tenella con el deseo.

Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que así decia.

En el punto que os miré,
Como tan hermosa os vi,
Luego temi y espere;
Pero en fin tanto temi,
Que con el temor quedé.
De veros esto se alcanza:
Una flaca confianza
Y un temor acobardado,
Que por no verle á su lado
Huyendo va la esperanza.

Y aunque me deja y se va
Con tan extraña corrida,
Por milagro se verá
Que se acabará mi vida:
Y mi amor no acabará:
Sin esperanza me veo;
Mas por llevar el trofeo
De amador sin interese,
No querría, aunque pudiese
Tenella con el deseo.

En acabando Lauso de decir su glosa, dijo Arsindo: Veis aquí, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destes pastores: solo resta agora que vosotros deis la guirnalda á quien viéredes que con mas justo título la merece, que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entiendo, Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, en estas discretas glosas: lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasion á tan curiosa y loable contienda: y si deste parecer quedais satisfechos, pagádnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras agradables canciones, y autorizándolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores que á Lauso conocian, se maravillaban de ver la libre condicion suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua y en la contienda que con Francenio habia tomado, que no estaba su voluntad tan exenta como solia, y andaba entre si imaginando quién podria ser la pastora que de su libre corazon triunfado habia. Quién

imaginaba que la discreta Belisá, y quién que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda, moviéndoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenia de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas para sujetar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso; y desta duda tardaron muchos dias en certificarse, porque el enamorado pastor apenas de sí mismo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del pueblo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos formaron una agradable música. Pero viendo que ya el sol apresuraba su carrera hácia el ocaso, cesaron las concertadas voces; y todos los que allí estaban determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi habia prometido, en el espacio que habia desde la plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro estos versos fué cantando.

ARSINDO.

Haga señales el cielo
De regocijo y contento
En tan venturoso dia:
Célebrense en todo el suelo
Este alegre casamiento
Con general alegría:
En suave y dulce canto,
Y en lugar de los pesares
Vengan gustos á millares
Que destierren el quebranto.
Todo el bien suceda en cotino
Entre desposados tales,

Tan para en uno nacidos:
Peras les ofrezca el olmo,
Cerezas los carrascales,
Guindas los mirtos floridos:
Hallen perlas en los riscos,
Uvas les den los lentiscos,
Manzanas los algarrobos,
Y sin temor de los lobos
Ensanchen mas sus apriscos.
Y sus machorras ovejas
Vengan á ser parideras,
Con que doblen su ganancia;
Las solicitudes abejas

En los surcos de sus eras
Hagan miel en abundancia:
Logren siempre su semilla
En el campo y en la villa
Cogida á tiempo y sazón:
No entre en sus viñas pulgon,
Ni en su trigo la neguilla.
Y dos hijos presto tengan
Tan hechos en paz y amor
Cuanto pueden desear:
Y en siendo crecidos vengan
A ser el uno doctor,
Y otro cura del lugar:
Sean siempre los primeros
En virtudes y en dineros;

Que si serán, y aun señores,
Si no salen fladores
De agudos alcabaleros.
Mas años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada,
Que dello pese al doctor:
Y ningún pesar reciban
Ni por hija mal casada,
Ni por hijo jugador:
Y cuando los dos estén
Viejos cual Matusalen,
Mueran sin temor de daño,
Y háganles su cabo de año
Por siempre jamas amen.

Con grandísimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los cuales mas se alargara, si no lo impidiera el llegar á la casa de Daranio, el cual convidando á todos los que con él venian, se quedó en ella; si no fué que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisieran Elicio y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fué posible que lo consintiese, y así se hubieron de quedar con sus amigos; y ellas se fueron cansadas de los bailes de aquel dia, y Teolinda con mas pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos pastores habian acudido, solo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañía de Galatea y Florisa, que con mas libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero dia les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

LIBRO CUARTO.

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero dia para despedirse de Galatea y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada pues la hora deseada, cuando el sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra, ella se levantó, y con lágrimas en sus ojos pidió licencia á las dos pastoras para proseguir su demanda; las cuales con muchas razones le persuadieron que en su compañía algunos dias mas esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algun pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podria ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedian; antes despues de haber mostrado con las mejores palabras que supo la obligacion en que quedaba de servir todos los dias de su vida las obras que dellas habia recibido, y abrazándolas con tierno sentimiento, les rogaba que una sola hora no la detuviesen. Viendo pues Galatea y Florisa cuán en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de cualquiera suceso bueno ó malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia recibirian. Teolinda se ofreció ser ella misma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirlas, y así sería excusado que della sabiese pudiesen. Con esta promesa de Teolinda se satis-

facieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del lugar. Y así tomando las dos solas sus cayados, y habiendo proveido el zurrón de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea, á tiempo que ya los rayos del sol mas derechos y con mas fuerzas comenzaban á herir la tierra. Y habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querian volverse y dejarla, vieron atravesar por una quebrada, que poco desviada de las estaba, cuatro hombres de á caballo y algunos de á pié, que luego conocieron ser cazadores en el hábito y en los alcones y perros que llevaban: y estándolos con atencion mirando por ver si los conocian, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brio: traian los rostros rebozados con dos blancos lienzos; y alzando la una dellas la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los cuales así lo hicieron, y llegándose entrambas á uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos parecia, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oír palabra de las que decian, por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron que á poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y habiendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban que se volviesen, quedando solo un mozo con el caballo, trabo á las dos pastoras de las manos, y poco á poco comenzó á entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba: lo cual visto por